

Mucho más que un “paisano con lecturas”

Por Lorena Castellano Rivero
Fotos: Milton Cabrera

Daniel Vidart Bartzabal (92), quien se define como un “paisano con lecturas”, es uno de los pioneros en el quehacer antropológico uruguayo. Este sanducero ha ocupado varios cargos académicos en diversos puntos del continente, entre ellos el de director del área de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Antropólogo, investigador, docente, ensayista y poeta, Vidart ha recibido numerosos premios y distinciones, como Morosoli de Plata (1996), Hidalgo (1996), Morosoli de Oro (2000), Ciudadano Ilustre de Montevideo por la Junta Departamental de Montevideo (2007), Miembro de Número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay (2008).

La lista es larga, al igual que los libros y publicaciones. Son más de 30 los libros publicados, en los que analiza diversos temas, desde la inmigración hasta el carnaval, desde el medio ambiente hasta la ropa interior femenina, porque su lema es preguntar y dudar y ante cualquier fenómeno, no aplaudir ni censurar, sino tratar de entender.

Descubrir la condición humana

Por su profesión de antropólogo y siguiendo los pasos de Publio Terencio --quien dijo “Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno, giramos alrededor”--, Vidart procura “descubrir la condición humana en sus distintos aspectos, y eso es muy importante



porque no solamente ayuda a comprender al otro, sino que de alguna manera te hace crecer a ti mismo”.

Decidió ser antropólogo cuando, a los 14 años, cayó en sus manos la revista geográfica americana con un artículo sobre la isla de Pascua: “Quedé tan prendado, tan emocionado y atraído del tema otros mundos, de otras culturas, que a partir de entonces me dediqué, dentro de otras actividades, a estudiar los otros pueblos”.

“Desde el punto de vista físico y cultural, somos distintos. Pero una de las virtudes de la antropología, es que hay universales en la cultura

Su lema es preguntar y dudar, y ante cualquier fenómeno, no aplaudir ni censurar, sino tratar de entender. El antropólogo sanducero Daniel Vidart intenta descubrir la condición humana en sus distintos aspectos. No lleva la cuenta de los libros que ha escrito, pero el número sigue creciendo porque escribe como su “modestísima” contribución personal.

y el hombre es uno solo. Cuando al antropólogo brasileño Darcy Riveiro --que quise mucho y fuimos muy amigos-- le preguntan en un aeropuerto de Estados Unidos ‘a qué raza pertenece usted’ --él era de Aguas Claras, Minas Gerais, y era medio oscuro--, él respondió: ‘yo pertenezco a la raza humana’. Eso es lo que sucede con nosotros, descubrimos a través de lo diverso lo común, la humanidad, el sentido que tiene el hombre como ser creador de cultura, qué significa la cultura, como frente a la naturaleza, que es lo dado, la cultura es lo construido y convencional”, señaló en una distendida charla en el jardín del hotel, durante su reciente visita a Paysandú para ser homenajeado en el Centro Universitario. Vidart habla de forma clara y sencilla --la sencillez de los grandes-- pero interesante en cada una de sus expresiones, tanto que una larga charla pareció de unos pocos minutos.

Para él, todo se resume en enten-



der: “En todo está la cultura y nuestro papel justamente es indagar, preguntar, tratar de entender. El lema que he adoptado, palabras del pensador judío Espinosa, frente a cualquier problema, pregunta o duda, ante cualquier fenómeno: no aplaudir, no censurar, tratar de entender”.

Ya perdió la cuenta

Tres son las cosas que este sander no cuenta: los años —“siempre digo que tengo entre 30 y 100”—, los libros de su biblioteca y cuántos libros escribió. Estos “fueron como una cuarentena, pero hay folletos, artículos. También tengo una virtud o defecto: nunca me preocupé por hacer el archivo de mi persona. Hay gente que tiene carpetitas con lo que se ha opinado sobre su trabajo. Yo he perdido absolutamente todo porque no he hecho el culto a mi personalidad”.

Aseguró que su idea fundamental es “el servicio”: “He tratado de servir al otro, de enseñar. Me encanta, mi vida entera fue docencia pero no de maestro sino de aprendiz. He aprendido de mis alumnos mucho, preguntas brillantes, inesperadas de chicos que de pronto te ponen frente a un problema”.

Y remarcó que “no hay una obra completa, hay un trabajo continuo”. Actualmente está escribiendo un libro sobre la marihuana —“para pelearme un poco más con el ‘Pepe’”—, en el que remarcará que “la pasta base nunca será sustituida por la *cannabis*”. No obstante, “lo quiero mucho a ‘Pepe’ y compartimos. Y siempre le digo: vos sos presidente, pero yo no te palmeo el lomo”. Yo creo que los amigos verdaderos son los que de-



nuncian los defectos. Él es un talento brillante y como todo hombre tiene errores. Nunca hay que abominar a un hombre totalmente, salvo que sea abominable, ni exaltarlo como un semidios. Somos todos hijos del error y sobrinos del acierto”, dijo.

Su libro más difundido y del cual más se ha hablado es “El tanto y su mundo” (1967). “Es un libro que circuló mucho y donde yo vaya, la gente lo ha leído —en América— o ha sentido hablar de él. Mis otros libros son más bien locales. Y lo que estamos haciendo con Anabella Loy ya trasciende el país”.

El libro “Cuerpo vestido, cuerpo desvestido”, co-escrito con Loy, “surge de un desafío. Los editores nos preguntan si como antropólogos todos, somos capaces de hacerlo.

Aceptamos el desafío y a través de la ropa interior femenina descubrimos un mundo interesantísimo en las distintas culturas, en temas, por ejemplo, como el pudor. Se dice que yo todas las mujeres son pudorosas, pero si vas a ciertas tribus de Brasil, encontrás con que el vestido es un cinturón de fibras y si éste se cae, la chica sale corriendo porque está desnuda. En Creta, las mujeres usaban con mucho celo desde la cintura hasta tapar el tobillo, una larga pollera, pero tenía al aire libre todo su torso, no interesaban sus senos. Las jóvenes espartanas de 16 años compartían juegos y se bañaban con muchachos de su misma edad, y no sucedía nada porque estaba incorporada la cultura del desnudo a la cultura espartana. En el siglo XVIII la mujer mostraba casi todo el seno, pero los lugares prohibidos eran los hombros, y había que cubrirlos. De manera que ese viaje por las culturas nos demuestra cómo lo que decía Pascal es verdad: ‘Verdades del lado de los Pirineos, mentiras del otro’”.

Vidart usa Internet —considera que ésta colabora en la difusión del pensamiento, “del bueno y del malo”—



desde que apareció y aunque no es muy diestro, la domina. “Con el *Google* voy al mundo, con el *Word* escribo, tengo mi correspondencia, le he huido al *Facebook*, al *Twitter* y a todo aquello que sea perder tiempo. No porque sea desdeñable; hay cosas muy interesantes, pero estoy en las ultimidades en el sentido que se le daba dentro de la religión. Las ultimidades son los últimos años, los últimos momentos de un espíritu, de un ser. Tengo muchos años, me siento con mucha salud y muy bien, pero creo que hay que ir, como decía García Lorca, a los centros y no a la periferia. Si yo pierdo tres horas en *Facebook*, no puedo escribir lo que quiero escribir como contribución personal, modestísima por cierto, y que quede un libro y no que se lo lleve el viento, como sucede con *Facebook*, en el que he encontrado paja y grano; mucho más paja que grano”.

Nunca un paisito

En su juventud visitaba mucho su ciudad natal, especialmente para estar con sus abuelos. “Pero naturalmente me sustrajo la vida montevideana, no sin antes conocer --era justamente uno de los intereses que tenía mi padre-- bien el país. Él nos decía que el

hombre tiene que saber dónde está parado. Aunque este parezca un país pequeño, yo jamás le llamé paisito. Este es un gran país, tan poca gente y todo lo que su historia --a veces terrible y otras, formidable-- ha tenido. La gente no piensa que Portugal es la mitad de nuestro país, tiene 90.000 kilómetros cuadrados. Tuvo un imperio gigantesco, eran un millón de portugueses cuando armaron el imperio. De manera que no es un tema ni superficie ni de población, es un problema de intensidad. Y Uruguay, en América, a principios del siglo XX, se destacó con mucha brillantez y fue un país de intelectuales, de pensadores, dentro de la modestia que se puede tener porque en el mundo prácticamente no nos conocen”.

Y habla con la voz de la experiencia porque dio la vuelta al mundo más de una vez --por razones laborales, principalmente trabajando por varios años para la Unesco-- y vivió en Colombia, Venezuela y Chile. “Caminado por la Tierra te conoces a ti mismo, porque tratas con otras personas y culturas, y por otro lado relativizas aquellos etno-céntricos que nos proclamaban los mejores del mundo”, afirmó.

Sin embargo, considera que “Uruguay es un país que, dentro del concierto americano, es digno de ser respetado y admirado en muchos aspectos. Falta muchísimo, no tenemos que quedarnos satisfechos con lo hecho. Hay mucho que hacer y debemos tratar de hacerlo entre todos”.

Vidart mantiene su espíritu sanducero a través del tiempo: “Paysandú ha sido la raíz perpetua y no lejana,



tal vez inefable, que caracterice ese sentido de lo sanducero, a través de mis tíos abuelos, que de alguna manera me adoctrinaron sobre el viejo Paysandú, el Paysandú heroico, de hombres valientes. Ellos me decían, y yo lo mantengo siempre --cuando me presento en el exterior a veces no lo entienden--, “yo soy de Paysandú, tierra de valientes”, dijo entre risas.

Conoce todos los departamentos, aunque “hay mil pagos, mil rinconadas” donde todavía no ha estado.



Daniel, el poeta

Vidart también es poeta. A los 11 años escribió su primer trabajo. “Estando en la escuela rural, escribí una poesía a los 33 orientales. La maestra me palmeó: ‘Qué bien Daniel, vas a ser poeta’. Yo me lo creí y de cuando en cuando hago poemas. No sistemáticamente, de pronto viene una ráfaga y sale. Pero me dedico fundamentalmente al ensayo, libros sistemáticos”, recordó.

A pesar de los comentarios, la poesía ha sido parte de su vida: “Siempre ha ido conmigo la poesía y me han dicho muchos que soy un poeta fracasado, pero no me siento así. Creo que la poesía, que en griego significa creación, está presente en todos los actos del hombre, en algunos con más intensidad”.

Escribe poemas en el semanario virtual Bitácora --antes se publicaba con La República--pero circunstancialmente. Aunque le interesa la poesía, la contemporánea le recuerda a la cuerda de la ropa, donde “están las camisetas, los calzoncillos, los pantalones y de cuando en cuando la cagada de un pajarito, porque no tiene nada que ver una estrofa con la otra. De pronto son interesantes, y te hacen pensar que aquí hay un esbozo de metáfora, y te trasladas a la otra estrofa y ves que el discurso poético ha volado hecho añicos. No hay una continuidad en el discurso poético sino que son ráfagas de lo que quiere ser poesía”. Considera que actualmente hay libros “ininteligibles” y que “el disparatario ha sacado patente de excelencia”.

“Conozco mi país, lo quiero, pero no de una manera chovinista, reconozco que no somos los mejores del mundo. Pero me siento bien acá, no tengo esas actitudes de repudio, de que hay países de mayor desarrollo. Artigas hablaba de la pública felicidad, es preciso que busquemos la pública felicidad”.

Su libro “Uruguayos” justamente plantea tres grandes preguntas que, considera, nos tenemos que hacer: “Cómo somos, quiénes somos y dónde estamos. El cómo somos es distinto a quiénes somos. El cómo somos es una mirada exterior. Todos somos materos, más o menos a todos nos gusta el fútbol, la música popular, Los Olimareños. Pero eso son descripciones exteriores. Si hay algún error dentro de los documentos, es que las cédulas no son una cédula de identidad sino de identificación. La identidad la llevo adentro y hay muchas en el país. Si vas a Bella Unión y los comparas con los colonos de Colonia Suiza, y te vas a una estancia de Tacuarembó, cercana a la frontera, o de la laguna Merín en Treinta y Tres, te vas a encontrar con gente que hasta tiene distinto acento en el hablar, distintas concepciones aunque no extraordinariamente distintas pero otro concepto de la vida de cotidiana y de lo que esperamos de la vida”.



No obstante, aseguró que su libro no da respuestas, sino que presenta los problemas abiertos y no de forma sistemática, sino de ensayos sobre los distintos temas del país.

“Tengo un sentido profundo, rico y amoroso de la patria, la quiero”. Por eso es que el libro está dedicado a “mi

pueblo, el gran pueblo uruguayo, con agradecido amor”.

Daniel Vidart, hijo de Paysandú y mucho más que “un paisano con lecturas”. Lo demuestran sus libros, la reflexión en su habla, sus planes para continuar contribuyendo al no aplaudir ni censurar, sino entender.

Recuerdos del Paysandú de ayer

En su última visita a Paysandú, Vidart aprovechó para visitar su barrio, pasando por su viejo hogar ubicado en Cerrito y Florida. “Crecí en una vieja casona, hecha por mis abuelos, y como se ha transformado Paysandú, naturalmente ya no encontré la casa. Antes venía y la encontraba, hasta que la piqueta fatal del progreso acabó con ella. Mi padre era diputado batllista, de aquellos viejos diputados de don Pepe, y nos llevó a Montevideo cuando cumplía con sus legislaturas. Luego nos trasladamos al Interior del país, y a partir de ahí comenzó viniendo muchas veces”, recordó.

Tiene muchas anécdotas de su niñez en Paysandú pero escogió una y procuró relatarla lo más breve posible, aunque sin dejar de ser interesante: “Tenía dos tíos abuelos, Adrián y Siceo Marote. Siceo estaba ciego y vivía en una casona –creo que ya desapareció-- de la ex calle Misiones, que ahora es Luis Batlle Berres, entre Florida y 18 de Julio. Una tarde de mucho calor, este tío viejo –yo le decía abuelo—me bañó en una tinaja. ‘M’hijo, usted tiene mucho calor, vamos a bañarnos’. Al sacarme y secarme –era ciego completamente--, me dijo: ‘Usted tiene brazos muy largos, bueno para cuchillero’. Yo era chiquito y no entendía mucho. ‘Bueno, yo le voy a enseñar cómo se mata un hombre. Usted no use daga larga porque resbala, le da en el costillar y se le va. Usted use un colita blanco de 25 centímetros, filoso como una navaja. Usted tiene su afiladora, me lo afila bien, lo tiene siempre filoso. Y si algún hombre en una pulpería lo mira fuerte, usted lo invita a salir para ver quién es más’. Mirá por lo que se peleaban... ‘Entonces, en una mano, en la izquierda, tiene el poncho y usted le hace el juego para que no se acerque mucho y de repente se lo larga. Y en el momento que le larga el poncho, usted que ya está con el cuchillo en la mano, tenga el dedo en la hoja y el filo para arriba. Le mete el cuchillo en la vejiga y corta pa’ arriba, se le cae el rebaño y cuando se enreda en el triperío y cae para adelante y usted me lo degüella en el aire”.

“Yo me quedé espantado. No es anécdota, es el viejo Paysandú de la sangre y del barro, como diría el joven Borges, un escritor actual. Lo que más me horrorizó, para darme fe de lo que significaba eso, es que me dijo: ‘M’hijo, ahí en el catre, debajo, en aquel rinconcito usted va a encontrar una bolsita, tráigamela’. Sonaba como una cascabel lo que había adentro. ¿Qué tenía adentro de la bolsita? Tenía seis orejas secas de hombres que había matado en buena ley”, relató entre risas, aunque reconoció que esta historia del viejo Paysandú “es estremecedora”.

Finalmente reflexionó: “Era un viejo mundo, aquel viejo mundo campesino, de los cuchilleros, de los hombres que tenían un empinado coraje y exagerada forma de conservar la pulcritud. Se trataban amablemente, se invitaban con una copa, pero si lo miraba fuerte...”